



EL AIRE.

Elementos hay sin los cuales hácese de todo punto imposible la existencia del hombre, de los animales y de las plantas; y al efecto, si de imperiosa necesidad es para su vitalidad y conservacion el alimento, no ménos imprescindible es el aire que concierne á nuestra respiracion; pero me direis, amados niños, ¿qué es el aire? El aire es un fluido sutil é invisible, trasparente, elástico, que nos rodea, y sin el cual ni un segundo podríamos existir; el aire puede considerarse como un emblema del Creador, porque como Él es invisible y como Él conocido por los infinitos beneficios que nos dispensa, y sin cuyos principios nada en el mundo existiria: convencidos, pues, de su importancia, veamos su composicion.

El aire no es un cuerpo simple,

como suponian los antiguos, sino que está formado de moléculas; sometiéndolo el sabio naturalista Lavoissier, en el año 1774, á sus experimentos, dándole á conocer éstos que este fluido componiase de una mezcla de dos gases, uno mortífero y el otro devorador, pero que neutralizados mutuamente producian el ambiente que respiramos, las reiteradas observaciones del ilustrado químico nos dieron á conocer que de las cien partes que componen el aire, 79 eran de ázoe y 21 de oxígeno: ¡tan poderoso ha sido el ingenio del hombre que le ha permitido componer y descomponer este fluido!

El oxígeno alimenta la vida; sin embargo, unido al arsénico y al cobre, constituye uno de los venenos más enérgicos. El ácido nítrico (vulgarmente agua fuerte) está

compuesto de los mismos gases que el aire, pero variando sus proporciones. El análisis del aire lo verificó el célebre físico colocando en una hornilla, preparada convenientemente, un recipiente de barro provisto de un tubo que, encorvándose, iba á parar al interior de una vasija que contenia mercurio, sobre el cual apoyábase una campana que recibia la extremidad del tubo; puso en este recipiente cierta cantidad de mercurio y determinó el volúmen del aire encerrado, observando desde el segundo dia que el mercurio caliente cubríase poco á poco de unas partículas rojas, que aumentaron sucesivamente por espacio de doce dias, quedando luego estacionadas, á cuyo polvillo dió el nombre de oxígeno de mercurio; á medida que éste se elevaba en el interior de la campana, disminuía de volúmen; deseando conocer los efectos que producía el flúido que habia quedado en el aparato, lo recogió, y estudiando inmediatamente sus propiedades, observó que eran opuestas á las del aire comun, porque los animales que lo respiraban morían al momento asfixiados, y las bujías extinguíanse en seguida, dándole, por consiguiente, á este gas el nombre de ázoe. Con objeto de obtener el fin que se habia propuesto, analizó el aire convertido en polvillo rojo,

valiéndose de los aparatos y medios ya indicados, recogiendo despues el aire que estaba unido al mercurio, y sometiéndole á los experimentos anteriores, vió que las bujías ardan más tiempo, y con una luz diáfana y vivísima; y los pajarillos que en él introdujo, aunque tambien morían, era por síntomas diametralmente opuestos, porque en el primero la muerte era violenta é instantánea y en el segundo su existencia prolongábase más, y tenían tal agilidad y ligereza, que dejaban de existir por un exceso de vida; dándole, por lo tanto, á este flúido el nombre de oxígeno; conviniéndose en que de la union de estos dos elementos tan opuestos resultaba el aire que respiramos, calculándose que dos litros de aire, por ejemplo, contienen 158 centilitros de ázoe y 42 de oxígeno, teniendo además el aire atmosférico algunas cantidades de vapor y agua y una pequeña parte de amoníaco.

Ved, pues, amables niños, la poderosa influencia que este utilísimo flúido ejerce en los seres orgánicos, ó sea en los reinos animal y vegetal, porque sin él los animales, las plantas y las flores no existirían, la naturaleza estaria muda y un silencio eterno reinaria por doquier. ¡Bendigamos, pues, al Autor de tantas maravillas!

ANA ELGUETA.



GALERÍA DE DESGRACIADOS.

VI.

El herrero de Arganda.

Por su falta de memoria
Se acredita la desgracia
De un personaje muy célebre,
Herrero que fué de Arganda.
Nunca supó el individuo
Los años con que contaba,
Ni el nombre que le pusieron
De su existencia á la entrada.
Sábese, porque asimismo
Lo ha conservado la fama,
Que cuando era chiquitito
Aun de mamar se olvidaba;
Que luégo cuando comía
Solió llevar la cuchara,
Por no acordarse, á los ojos,
Y á veces á las espaldas;
Que cuando contó diez años
Le llevaron á las aulas,
Y que al aprender dos letras
Olvidó siempre otras tantas.
Fué castigado cien veces,
Siempre por las mismas causas,
Y al fin salió de la escuela
Sin saber ni una palabra.
Fué mozo, y por hacer algo
Se consagró á la labranza;
Pero falto de memoria,
Entre las rocas sembraba,
O cavaba en el arroyo,
O los pozos abonaba.
Sirvió al rey como ranchero;
Pero al mondar las patatas
Se mondó unos cuantos dedos,
E inútil para las armas,
Desde la corte de nuevo
Se marchó al pueblo de Arganda.

Olvidado del camino,
Corrió seis veces la España;
Le detuvieron justicias
Y durmió en cárceles varias,
Porque nunca decir supo
Dónde iba ni qué buscaba.
Casualmente, andando, andando,
Llegó al pueblo una mañana,
Y un herrero compasivo
Albergue le dió en su casa.
Allí vivió machacando,
Y allí conoció á la Juana,
Y allí se casó con ella,
Que aunque era una buena maula,
El herrero olvidó todo
Cuando la llevó á las aras.
Pero desde el mismo templo
Se volvió el hombre á su fragua
Olvidado ya del lazo
Que á la Juana le ligaba.
Ella no quiso acordarse
Tampoco por varias causas.
Y si al marido le cuentan
De la vida de la Juana,
Si á los chismosos escucha,
No recuerda de quién hablan.
Desde entónces nuestro herrero
Machaca está que machaca;
Pero ha olvidado el oficio,
Y ya en él nunca trabaja.
Méno malo si no olvida
De que piadosa le aguarda,
Tras esta vida de penas,
Otra vida más preciada,
Y las dulces oraciones
Que aprendió en edad temprana,
Recuerda en su lucha horrible
Con las potencias del alma.

M. OSSORIO Y BERNARD.

UN ALFÉREZ DE GRACIA.

I.

De vacaciones.

Ernesto Villareal habia salido de vacaciones aquel día.

Aún al recordarlo brotan abundantes lágrimas de sus ojos, porque hoy Ernestillo es un abuelito muy viejo. El sol esparcía su alegre claridad por todas partes; los tientos del balcon parecían revivir á su influjo; hasta el canario elevaba su himno al sol con voz más argentina.

Ernestillo montaba un alazan de fuerza: su caballo de madera habia ya hecho cinco viajes á la cocina, diez á la sala, y no sé cuántos paseos al cuarto de su mamá.

Llevaba nuestro héroe un traje parecido al uniforme de caballería; ni le faltaban espuelas, ni el sable de sonora hoja, ni los botones dorados y resplandecientes, ni las botas de montar charoladas.

Los ijares del caballo de madera estaban despintados y rascados: era tan brioso que necesitaba castigo, y el jinete hundía sin compasión las espuelas en el animal.

Invisibles soldados le rodeaban, y con voz de mando les ordenaba mil ejercicios: ya habreis notado las aficiones bélicas de Ernestillo.

Cuantas veces pasaba junto al

retrato de su tío, capitán de artillería, se cuadraba militarmente para hacer el saludo de ordenanza.

Hallábase entretenido en esto, cuando le enviaron á llamar porque su tío Leon habia venido: viró en redondo, y atravesando gabinetes y pasillos, plantóse frente á su capitán, desmontando en seguida del caballo y olvidando la ordenanza para arrojarse en brazos de D. Leon Villareal.

Era éste oficial de artillería muy apreciado por todos, pero con sus defectillos correspondientes: sabía cumplir como el primero; era ilustrado, pundonoroso... sólo se le conocían dos vicios: beber mucho y fumar. Cuando estaba borracho era cosa perdida.

Empezaron la tarea de siempre. Ernesto se empeñó en que su tío hiciera de subordinado, y éste, con un bastón al hombro, obedecía las órdenes de su sobrinito.

Era cosa de morir de risa ver marchar al robusto capitán detras de un alfeñique con ínfulas de general.

—Tío, venga Vd. aquí... Tío, venga Vd. acá... Tío, alcánceme usted eso... Tío, aquello...

Y el tío iba y venia, cogía y llevaba todo lo que le pedía Ernestillo.

Llegó la hora de separarse. Don Leon tenía que marcharse á hacer la guardia á Palacio. Despidióse; pero queriendo halagar los instintos belicosos de su sobrino, pidió á sus padres que le dejaran pasar la tarde en el cuerpo de guardia.

Otorgóse el permiso acto continuo, porque Ernestillo se había llevado dos premios y era menester recompensarle, y el travieso niño por poco se vuelve loco de contento.

Ya no pensó en todo el día más que en la guardia.

II.

Aventuras de Ernesto en la guardia.

El cuarto de oficiales en Palacio era espacioso y se componía de dos aposentos: uno de recibo, con sillas, un gran escritorio lleno de papeles y varios libros; otro más reducido, con un cómodo sofá y sillones rellenos.

Apénas llegó Ernesto, cuando su tío le enseñó muchos de los departamentos del gran edificio: el niño estaba absorto viendo aquellos soldados de verdad con sus fusiles; sobre todo le intimidaba el cabo *Mos-tacho* de la compañía, barbudo y fanfarron.

Después que lo vieron todo, entraron en el cuarto de oficiales: hizo el demonio que sobre la mesa hubiera un frasco de rom á medio

empezar de los que gustaban tanto á D. Leon.

Este hizo ademán de llevarse el frasco á la boca; pero Ernesto, que habia visto borracho á su tío y tenía miedo, le detuvo con ambas manos, suplicante.

—Tío,—le dijo,—deje Vd. este día de tomar esa bebida.

—Te prometo que no haré más que mojar la garganta.

—Tío, le ruego que no lo tome... ó mándeme ántes á casa...

—Tontin, si no me hace daño.

—No tome Vd., por Dios, eso...

—No tengas miedo... hoy mismo irás á tu casa.

Y trago tras trago, el caso fué que D. Leon se emborrachó, y no pudiendo con su cuerpo, dió con él en el sofá; pero no perdió tan totalmente el conocimiento que no pudiese comprender lo critico de su situacion en la guardia y lo caro que le podia costar su embriaguez en el servicio. Así es que ántes de desvanecerse por completo llamó á su sobrino y le explicó lo que tenía que hacer mientras que él dormía.

Díjole que vendria el cabo á pedir permiso para remudar la guardia, y que probablemente traerian algun parte; que respondiera á todos *bien á secas*, sin añadir palabra. Por último, encargó que le despertara á la hora y media ó dos horas, en que habria pasado todo.

Ernesto estaba asustado y pálido;

pero sin perder tiempo se encasquetó el morrion de su tío, subió al sillón frente al escritorio (no sin rellenarlo de ropa para elevar más su estatura), disminuyó la luz de la lámpara, puso la pantalla de manera que no le diese la claridad, abrió uno de aquellos libretos é hizo como que leía.

No se olvidó de un detalle: su tío tenía fama de fumador. Ernesto encendió uno de los puros que había sobre la mesa, y entre infinitas toses logró chupar las veces que alguno pasaba frente á la guardia.

No podía ser más terrible su situación.

De pronto el cabo Mostacho, cuadrándose militarmente, apareció en la puerta:

—Mi capitán, ha llegado la hora de relevar.

—Bien, —respondió Ernestillo, ajustándose á las prescripciones de su tío y procurando ahuecar la voz.

—A la órden, mí capitán, —repuso el cabo volviéndose, no sin hacer otro saludo y diciendo para sus adentros:— ¡Cómo se le ha afinado la voz al capitán! ¿Se habrá constipado?

Al poco tiempo apareció otro soldado; pidió permiso para entrar, y Ernesto, echando una bocanada de humo, repitió temblando un «bien.» El soldado dejó un parte sobre la mesa y salió.

Ernesto estaba más tranquilizado y daba gracias á Dios que le había sacado con bien de aquellas dos aventuras.

Pero el sino, que le tenía reservado sustos mayores, hizo que un rumor cercano le hiciera pegar un brinco sobre la silla. Una corneta lanza al espacio sus agudas notas... ¡Todos los soldados corren al cuerpo de guardia para coger sus fusiles!...

¿Qué pasa?...

III.

¡El Rey!!

—Mi capitán, —dijo en este momento apareciendo Mostacho, —el Rey está á la puerta.

—Bien, —tartamudeó Ernesto casi entre lágrimas.

Mostacho quedó atónito como esperando alguna órden.

—Bien... bien... —repitió entre impaciente y medroso el niño.

Esta vez el cabo, no sabiendo qué decir, se fué.

Ernesto corrió al gabinete en que dormía su tío, le sacudió infinidad de veces, pero el tío no daba señales de vida.

En tanto el Rey, extrañado de que la guardia no se formara, penetraba en el cuarto de los oficiales. Todos le siguieron, y el apurado Ernesto oyó aquellos pasos lleno de terror mientras despertaba á su tío.

A las voces que daban salió á la puerta deteniéndose allí.

—Amigo mio... ¿qué haces aquí?—dijo á esta sazón otro niño que habia entrado con el Rey y su séquito.

Ernesto reconoció en el que le interpelaba á un compañero de colegio. Por poco se echa á llorar y en vano contenia sus lágrimas.

Todos esperaban explicaciones de aquella extraña escena.

Ernesto se lo contó todo á su compañero, que era nada ménos que el príncipe, hijo del Rey, pero tan bajito que no lo oyó nadie.

El principito se dirigió despues á su padre y repitió la historia de la inesperada guardia que Ernestillo acababa de hacer en Palacio. El Rey se enterneció ante aquel niño pálido y conmovido, y olvidó por un momento la severidad de la ordenanza para dar lugar á sentimientos generosos.

—Sea lo que quieras,—dijo al príncipe su hijo.—Puesto que tu amiguito es tan virtuoso como dices y pide por tu mediacion indulgencia para su tio... yo te la concedo. Conste la magnanimidad de tu corazon y que sólo á tí se debe

este perdon... Niño, ¿cómo te llamas?...—añadió dirigiéndose á Ernesto.

—Ernesto Villareal.

—Pues Ernesto Villareal, en premio de tus inesperados servicios en Palacio... el Rey te honra con el empleo de alférez y te convida esta noche á su mesa.

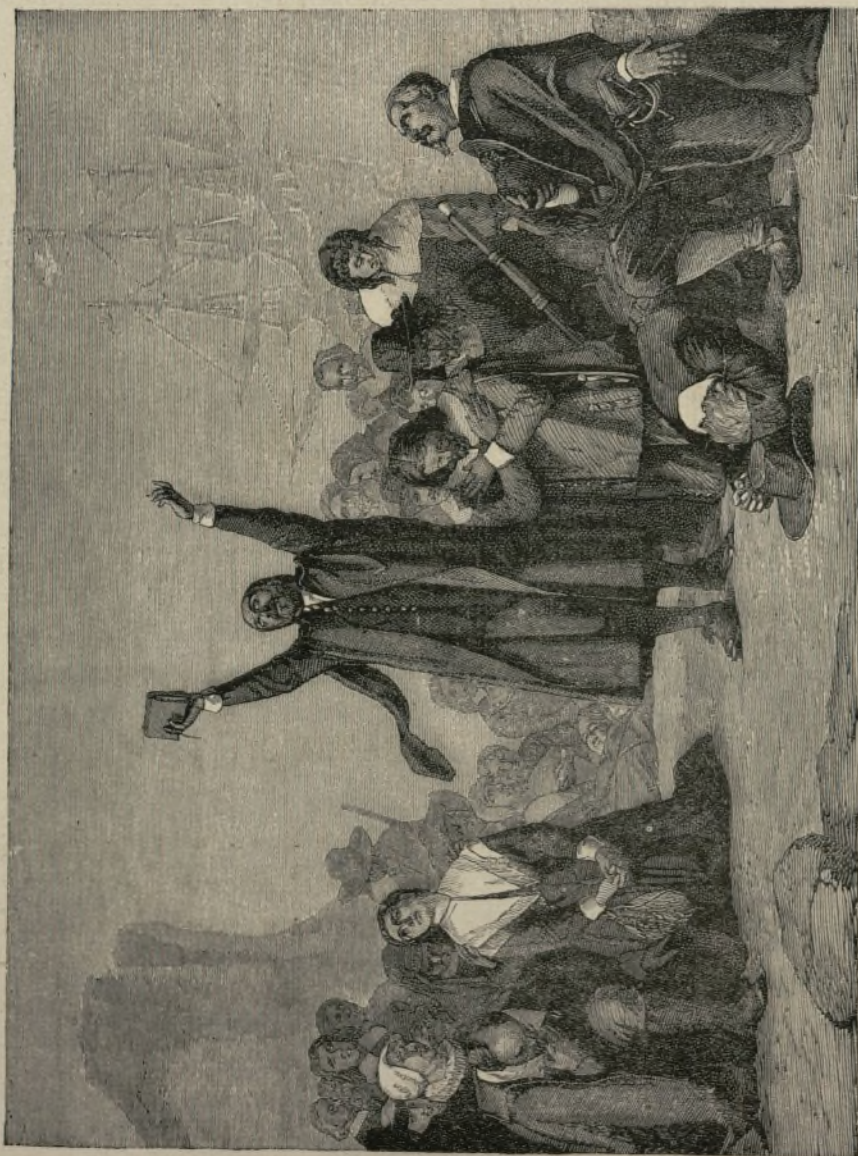
Cuando inquieta la familia de Ernestillo, al notar su tardanza, mandó por él á Palacio, creyó enloquecer de asombro y alegría al saber la gracia que le habia otorgado el Rey y la indulgencia con que habia tratado al capitan don Leon Villareal, que desde entónces varió de conducta.

En cuanto á nuestro alférez, reventaba de gozo al ver el venturoso término de sus peligrosas aventuras en la guardia, repitiéndose por lo bajo mientras cenaba y ansiando repetirlo á su mamá, á su papá, á los criados, á los hijos de la vecina, á su aya, á sus condiscipulos, á sus maestros y hasta al ciego de la esquina:

—¡Soy oficial de gracia!... ¡Soy oficial de gracia!...

JAVIER GOMEZ DE LA SERNA.





DESEMBARCO DE LOS PURITANOS EN LA AMÉRICA DEL NORTE.

(Cuadro de D. Antonio Gisbert.)



UN NIÑO PENSATIVO.

No quería Salvador jugar ni distraerse.

Buscaba la soledad, se le hablaba y no respondía. Con sólo mirarle de cerca se hubiera creído que la envidia ó celos tempranos habían nacido en su corazón.

Nunca respondía á preguntas cuya contestación era conocida.

En otra edad se hubiera pensado que este niño desdeñaba con lástima á quienes le interrogaban; y sin embargo, listo y agudo para

responder á cosas de su agrado, en otras guardaba reserva.

¿Qué había en el corazón de este niño, cuya historia se describe? Puede asegurarse que semejante actitud, habitual en Salvador, tenía por base un juicio prematuro sobre toda regularidad.

¿Qué sucederá con este niño? Habla en tono sentencioso, se escapa de entre las manos al prodigarle caricias. Se apega á los propios con sonrisa de ternura; calla,

observa, refiere, cuenta y describe lo que ha visto, y recuerda los accidentes de las cosas cuando viene á cuento aplicarlas. Hay niños viejos, como hay viejos niños.

Así trocadas las edades permanecen la índole y condicion. El estudio sobre las prendas de un niño es el estudio sobre la vida del hombre; y quien se haya parado á observar la conducta de un viejo habrá notado en sus pasos las vacilaciones de la niñez.

Los niños, como Salvador, se desprenden de la niñera, tiran las andaderas y se visten de sacerdotes ó de generales. A su vez los ancia-

nos añiados compran juguetes, buscan entretenimientos pueriles, juegan y hacen su ocupacion de impertinentes fabulillas. Llegan á ser payasos en sus galas y disfraces.

Al modo que hay locos de mucho juicio, tambien hay cuerdos que hacen muchas locuras.

Hombres sérios conocemos que enamorados de la cadena del reló, míranla extasiados, la tocan y la revuelven como diciendo:—Valgo tanto como vale lo que llevo encima.—Hay tambien luces fátuas.

EL ARZOBISPO DE VALENCIA.

HISTORIA DE UN ÁNGEL.

CANTO PRIMERO.

LA NIÑA MUERTA.

I

¿Qué mezcla de dolor y de contento
Sobre los pliegues agitarse siento
Del aire transparente?
Yo percibo los débiles suspiros
Que se van apagando lentamente
Por sus inciertos giros,
Con acentos tan tristes y tan secos
Que de angustia al vibrar gimen los ecos,
Que mi pecho se oprime,
Y al sentirlos gemir, tambien él gime.
Yo escucho que se extiende por la altura,
Cual canto de amargura,
Melancólico y lúgubre el lamento
De la campana, que hasta el cielo envía
La oración que formula el alma mia.

II

Y en tanto en vaga y transparente nube
De nácar y marfil, de azul y oro,
Desvanecido en sus vapores sube,
Himnos cantando un misterioso coro;

Himnos de tanto amor, de tal consuelo,
De tanta melodía,
Que por fuerza son ángeles del cielo
Los aéreos cantores,
Que envueltos de la nube en los vapores,
Cruzan del aire la extension vacía.

III

¿Por qué tanto dolor, tal sentimiento,
Tanta melancolía,
Y al par tanto placer, tanto contento?
Decid, ecos perdidos, ¿qué sucede?
Decid si alguno puede
Contar la extraña historia,
La historia que produce tal quebranto,
Y al pueblo mientras tanto
Le mueve á preguntar *¿cuándo es la gloria?*

IV

Pero, no os detengáis, débiles ecos,
Apagad vuestro arrullo entre los huecos
Que forma la montaña.
Quedad, quedad dormidos
Del abismo en los límites perdidos,
Porque la historia extraña

Hay un sér que la sabe de tal suerte
Que ni un detalle olvida,
Porque es la historia que empezó su muerte,
La muerte de la vida de su vida.

V

Miradla á los destellos
De una luz misteriosa, triste y vaga,
Que duda si se apaga ó no se apaga.
Caidos en desórden sus cabellos,
Descompuesto su traje, hecho pedazos,
Inquieta la mirada, indiferente,
Ora estrecha anhelante entre sus brazos
Una niña inocente
Que duerme al parecer tranquilamente;
Ora como una loca
Llevada del dolor de su martirio,
Olvida en su delirio
Que la niña que duerme es hija suya,
Y cual hiciera un corazón de roca
La arroja de su seno....
Pero pronto recuerda, pronto vuelve,
Su sueño dulce cariñosa arrulla
Con arrullo de angustia y pena lleno,
Y en tanto que la envuelve
Con los pliegues inciertos del vestido,
Sueña tal vez, delira ó desvaría
Porque está sola y grita—«No hagais ruido,
Que puede despertarse la hija mía.»

VI

Mas no despertará, que el sueño suyo
No es el sueño del cándido capullo
Que despierta á los besos de la aurora,
Cuando toca en las aguas de algún río,
Ó si la noche entre sus hojas llora
Las purísimas gotas del rocío.
No es el sueño del sol que si la tarde
Tras los montes azules le dormía,
Sobre las sombras misteriosas arde
Despertando al rumor del nuevo día.
Duerme el último sueño, el sueño frío,
¡El de la eterna calma!
La niña está dormida
Con el sueño que acaba con su vida
Y empieza con la vida de su alma.

VII

¡Pobre madre! ¡La niña está ya muerta!
Quizás en su quebranto
No se atreve á creer que no despierta.
Quizás lo sabe y con su amargo llanto
Como si hubiera el corazón deshecho,
Le derrama la vida de su pecho,
Para ver si reviven sus despojos.
Mas es llanto que abrasa de tal suerte,
Que si el sueño no fuera el de la muerte,
¡Lo fuera con el llanto de sus ojos!

VIII

¡Pobre madre! ¡Dónde hay una amargura,
Una pena mayor, una tortura
Más grande y más prolija,
Que rasgue el corazón en más pedazos
Que el ver entre tus brazos
Inerte el cuerpo de tu amada hija?
¡Llora, madre infeliz! justo es que llores;
Que si las penas las mitiga el llanto,
Nunca es preciso que derrames tanto,
Porque nunca tendrás tantos dolores.
Porque el sér de tu sér, la que tu vida
Llenaba de contento y de ventura,
Sólo cenizas es, hoja perdida,
Antorcha que apagó la sombra oscura,
Rosas marchitas que las aguas traen,
Copos de nieve que en el lago caen,
¡Suspiro que se pierde por la altura!
Ya de sus labios rojos
La sonrisa acabó. Sus tiernos brazos
Ya no te estrecharán con sus abrazos,
Ni podrá dar el cielo de sus ojos,
El inocente cielo,
Al cielo de tus ojos su consuelo.
Mas ¡qué digo! Perdona: tus dolores
Olvida sin tardar; tu angustia calma;
Que vuelva la quietud sobre tu alma:
¡Calla, madre feliz, calla, no llores!
Préstame tu atención, oye una historia
Que escucharla de ti fuera mi intento;
Pero un coro que sube hacia la Gloria
La canta por el viento.

M. JORRETO PANIAGUA.

UNA SIESTA BIEN APROVECHADA

(Conclusion.)

La diferencia de calor que hay en las capas atmosféricas altera el equilibrio de éstas y produce los vientos, vientos que toman diferentes nombres según su mayor ó menor velocidad. Se llama *céfiro* al que sólo recorre 4 metros por segundo; *brisa* al que corre 5; *viento fresco* al que corre 10; *viento fuerte* al que tiene una velocidad de 20 por segundo, y *huracán* al que la tiene de más de 20. Cuando recor-

re más de 30 metros por segundo, derriba los árboles y las casas.

—¡Qué horror!—exclamó Anita.—Pues diga Vd. que el viento es una calamidad.

—Me guardaré muy bien de hacerlo,—dijo D. Enrique sonriendo,—pues si bien es verdad que algunas veces causa daños de consideracion, en cambio otras, y son las más, nos hace grandes beneficios. El viento dispersa los miasmas que se aglomeran en la atmósfera, miasmas que acabarían por hacerla irrespirable, y dulcifica los rigores de los climas, pues en tanto que el viento helado de los polos refresca las abrasadoras comarcas de los trópicos, el que sopla del Ecuador, lleva el calor á las regiones frías de nuestro globo. Ya os ireis convenciendo de que la Suprema inteligencia no creó nada que no tuviese su razon de ser. Hasta el rayo, ese temeroso rayo que tanto os asusta, es útil al hombre.

—¡Cómo! ¿tambien el rayo?—dijo Rosita.

—Sí, hija mía,—contestó D. Enrique,—el rayo tambien. El viento no hace más que dispersar los miasmas de que os acabo de hablar: el rayo los destruye por completo. Además, el rayo es la manifestacion de una fuerza poderosísima que existe en la naturaleza, fuerza que sólo por el relámpago se nos hace visible y de la que el

hombre ha sacado utilidades inmensas: esa fuerza se llama *electricidad*. Gracias á ella el pensamiento humano recorre en pocos segundos distancias enormes siguiendo esos delgados alambres telegráficos; gracias á ella el hombre puede disponer á todas horas de un foco de luz tan brillante que sólo la del sol puede competir con ella; gracias á ella, en fin, puede contar con un nuevo motor que es de esperar que con el tiempo sustituya por completo al vapor, lo mismo en la locomocion que en las grandes y pequeñas industrias.

La electricidad, que á principios de este siglo era sólo objeto de curiosidad por parte de algunos, alumbra hoy al navegante en medio de las densas tinieblas de la noche, permitiéndole ver los peligros que rodean al frágil leño á que ha confiado su vida, y desde lo alto de los faros le señalan el escollo que debe evitar ó el puerto en que puede encontrar un abrigo contra la furia de los vientos ó el encono de las olas; su luz, considerada poco hace como indivisible y excesivamente costosa, se reparte hoy á domicilio, como el agua y el gas; los telégrafos eléctricos, que en un principio sólo trasmitian signos, que más tarde fijaron estos mismos signos de un modo imperecedero en una larga tira de papel, gracias al *pantelégrafo* Casselli, trasmiten ya

nuestra propia escritura, y gracias al *teléfono* Bell, la voz humana puede recorrer distancias nunca sospechadas; siendo de esperar que, gracias al *telectróscopo* del mismo Bell, no tardemos en poder ver la imagen de personas queridas, cualquiera que sea la distancia que de ellas nos separe.

—Pues diga Vd. que la electricidad es una verdadera maravilla,—dijo Anita.

—Pero ¿la electricidad y el rayo son lo mismo?—preguntó Rosita.

—Sí, hija mia,—contestó su papá.—Franklin probó su completa identidad.

—¡Lástima que el rayo cause tantos desastres!—exclamó Doña María.

—Es verdad,—repuso su esposo;—pero el mismo Franklin nos dotó del medio de evitarlos, cuando ménos en gran parte, con su maravillosa invencion del *para-rayos*, de esa simple varilla metálica colocada en lo alto de los edificios.

Entre los *meteoros*, ó sea fenómenos que tienen lugar en la atmósfera, debidos á la electricidad, figuran el *fuego de San Telmo*, las *auroras polares* y el *granizo*. El primero consiste en unas llamas fosforescentes que aparecen en las puntas de los palos de las embarcaciones, y las segundas son una especie de cortinajes luminosos en forma de arco, que en las largas

noches de los polos vienen á interrumpir la continuidad de las tinieblas, llamándose *boreales* cuando tienen lugar en el polo Norte, y *australes* cuando aparecen en el polo Sur. Por lo que hace al granizo, á esos riñones de hielo de diferentes formas y tamaños, que son un verdadero azote para los campos, sobre todo cuando no caen mezclados con agua, todos lo conocéis. Mi gusto sería explicaros detalladamente todos esos fenómenos de la naturaleza; pero es ya tarde y tengo precision de ir á ver á un amigo. Por otra parte, no podreis decir que no haya sido complaciente, pues hablando, hablando hemos pasado revista á todos los fenómenos de la *Física* que más pueden interesaros.

—¿Qué es eso de Física, papá?—preguntó Rosita.

—Es una ciencia que trata de los hechos, ó, lo que es lo mismo, de los fenómenos que tienen lugar en los cuerpos sin alterar su composicion. Mas son ya las cinco y no puedo detenerme. Adios.

Y diciendo esto D. Enrique, salió del comedor, dejando á sus dos hijas llenas de la mayor curiosidad, y agobiando, á fuerza de preguntas, á la buena de su mamá, que no siempre tenía para ellas una contestacion satisfactoria.

CELSE GOMIS.

AL AMANECER.

Canta alegre el jilguerillo
Escondido en la espesura,
Y el arroyuelo murmura,
Y suspira el cefrillo:
Poco á poco suave brillo
Presta el sol al firmamento,

Y en el solemne momento
En que á la tierra ilumina,
Hasta la mansion divina
Se eleva mi pensamiento.

A. GUIRAO GIRADA.

ACTUALIDADES.

El día 25 del pasado Setiembre se inauguró, con una escogida concurrencia, el colegio de Chamartin, dirigido por los Padres de la Compañía de Jesus, y que está llamado á una gran prosperidad.

Madrid recogerá tambien grandes frutos de este colegio, abierto en sus inmediaciones, y que proporciona á los padres de familia, sobre la seguridad de dar á sus hijos una educacion sólida y cristiana, la ventaja de tenerlos cerca de sí y poder verlos á menudo.

Dirige el colegio el P. Rabanal, rector hasta ahora del de Sevilla, y varon, bajo todos conceptos, eminente y respetable.

A la inauguracion asistieron el Sr. Cardenal Arzobispo de la diócesis y el Cardenal Patriarca de las Indias.

Familias distinguidas de los alumnos llenaban el salon, y el acto estuvo lucidísimo.

En los días 16, 17 y 18 del próximo pasado Setiembre se celebraron los exámenes en el colegio de señoritas de la Caridad, en la ciudad de Medina de Rioseco. El numeroso público salió sumamente complacido al ver la modestia y maneras distinguidas con que se presentaban las niñas, y respondian admirablemente á las preguntas que se las dirigia sobre religion y moral, gramática castellana, aritmética, economía doméstica, geografía y geometría. Recibieron la más grata sorpresa cuando vieron las labores ejecutadas por las niñas; delicados pespuntos y zurcidos,

bellísimas jardineras, bordados preciosos en blanco, en seda y en oro de notable y relevante mérito, cuadros primorosamente dibujados y otras muchas labores. Las colegialas internas lucieron además sus conocimientos en el *corte*, en leer y traducir del frances, en cantar con mucha afinacion y tocar en el piano diversas piezas musicales.

Brillante ha sido este año la solemne apertura de las clases en la Sociedad *El Fomento de las Artes*, que da educacion á novecientos jóvenes.

El director de estudios, Sr. Aguado, leyó una discreta Memoria de los trabajos realizados durante el último año académico, y en seguida dió comienzo á la distribucion de premios á los alumnos más sobresalientes.

El Sr. Fernandez y Gonzalez (D. Modesto), en nombre del cuerpo de profesores, ensalzó los beneficios de la enseñanza popular y el progreso de la institucion; dijo que para llegar á los más altos puestos de la ciencia y del Estado, sólo se requiere virtud, talento y trabajo, citando como ejemplos vivos de perseverancia y de estudio á los Sres. Ríoz, el primer químico español; Galdo, propagandista de la educacion popular, y Pascual (D. Agustín), tan docto en materias científicas y literarias; y consagró un recuerdo cariñoso y entusiasta á la memoria de D. Pablo Montesino, el fundador de las escuelas de adultos, y á Hartzenbusch, que desde el

taller al teatro conquistó la primacía en la dramática española.

El Sr. Galdo pronunció elocuentes frases en honor de su discípulo el Sr. Fernandez y Gonzalez y del cuerpo de profesores, lo mismo que el rector de la Universidad, Sr. Ríoz, y el presidente de la Sociedad, Sr. Gonzalez.

Los alumnos que recibieron de manos del señor presidente los premios debidos á su aplicacion y aprovechamiento, son los siguientes:

En *lectura y aritmética*, D. José Menendez; en *escritura*, D. Juan Vara; en *dibujo lineal*, D. Francisco Barrios, D. Luis Rodriguez, D. Mariano Agudo y D. Eduardo Martinez; en *dibujo de figura*, D. Matias Mascaró; en *dibujo de adorno*, D. Carlos Tutor, y en *dibujo de paisaje*, D. Eduardo Alvarez.

En *gramática castellana*, D. Enrique Coronado y D. Pedro Fernandez; en *aritmética*, D. Mariano Nieto y D. Guillermo Solaum; en *geometría*, D. Eugenio Rafael; en *frances*, D. Miguel Hernandez, D. Joaquin Garcia, D. Mariano Marco, D. Faustino Salanova y D. José Viado; en *latin*, D. Angel Alfaro y Castillo; en *caligrafía*, D. Luis Maria Castells, D. Julio Rodrigo, D. Guillermo Solaum y D. José de Santiago; en *taquígrafía*, D. Emilio Loza y Collado; en *música*, Doña Enriqueta Rodriguez, Doña Consuelo Díez y Doña Amalia Rodriguez (dos premios), y en *gimnasia*, D. José Rodriguez.

Los premios han consistido en libros, diplomas y donativos de particulares; de D. Luis Page y de D. Aciselo F. Vallin y Bustillo.

Las dimensiones que tiene el bello poema del Sr. Jorreto, con que nos ha honrado, y que empezamos á insertar hoy, nos obliga á distribuirlo en tres números.

Hemos recibido un extracto del reglamento del colegio de San Francisco de Borja, establecido en Madrid, calle de la Reina, núm. 11.

• El P. Romero, presbítero dotado de pie-

dad y de instruccion, que ha pasado algunos años en el extranjero y dirigido con éxito varios grandes colegios, es el Director del establecimiento, que abrió hace algunos meses á excitacion de varios padres de familia, que cada vez se muestran más satisfechos de la educacion que sus hijos reciben. Tan lisonjero éxito ha sido la causa de que el P. Romero, oyendo los ruegos de muchas familias, admita en lo sucesivo alumnos internos y externos, á cuyo fin ha dado á su establecimiento mayores proporciones é introducido en él mejoras de consideracion.

La empresa del teatro Español, rindiendo un tributo á nuestras grandes celebridades literarias, ha dado principio á la temporada con el drama trágico *Sancho Ortiz de las Roelas*, escrito por el Fénix de los ingenios y refundido por el Sr. Hartzenbusch. La infinitas bellezas que esmaltan aquella produccion han tenido muy acertados intérpretes en la señorita Contreras y Sres. Vico y Morales. Para des impresionar de las fuertes pasiones del género dramático, nadie tan á propósito como Mariano Fernandez interpretando *El abate Pirracas* y otros fines de fiesta.

El actor, cuyo nombre silabeado lo mismo puede leerse de izquierda á derecha que de derecha á izquierda, **Jo-se-Me-se-jó**, sigue llevando gran concurrencia al teatro Martín, donde tambien es muy aplaudido el hijo del mencionado actor,—casi un niño,—que es una verdadera esperanza en el género cómico.

El día 30 de Setiembre se verificó en la Institucion libre de enseñanza la apertura del presente curso, habiendo leído el señor D. Francisco Giner el discurso inaugural.

Damos gracias muy expresivas al señor Director general de Beneficencia y Sanidad por los ejemplares que se ha servido remitirnos de las obras *Beneficencia inter-*

nacional, escrita por el abogado y Diputado á Córtes, tan competente en el ramo, D. Fermin Hernandez Iglesias, y *Memoria acerca del resultado que ofrece la estadística de los Manicomios, censo de poblacion, acogida en ellos durante el año económico de 1879-80 y su comparacion con la formada en 1848.*

**

Nuestro buen amigo y colaborador don Manuel Antonio Capo, Arquitecto, Ingeniero y Profesor en la Escuela de Artes y

Oficios, ha terminado la publicacion de la primera serie de sus importantes *Estudios preliminares de dibujo en sus aplicaciones á las artes industriales*. Dicha serie consta de seis cartillas, que se hallan consagradas respectivamente á las combinaciones en superficies planas, representacion de cuerpos, perspectiva y sombras, cróquis acotados, principios de ornamentacion y flora, figura humana y fauna, conjuntos.

La segunda serie constará de cuatro cartillas, de las que ya está publicada la primera.

CHARADAS.

I.

No te metas nunca *tercia*
En científicas honduras,
Que muchos buscando el *todo*
Dan en la *prima segunda*.

II.

—Llegó ya el *tercia* tan anhelado.
—¿Sí? ¡Qué alborozo!
Prima—segunda prima—segunda
Para hacer *todo*.

FUGA DE CONSONANTES.

U. .a.io .o. .a.io.
.e. .a.io. .o. .a .a.
.i .u.ie.a .ua..o .a.io.
.a..ia .a. .ue .o..a.

FUGA DE VOCALES.

D.c.d . v..str.s .m.g.s
y n. .lv.d..s .st. .nc.rg.,

q.. .s l. n.ñ.z .n p.r..d.c.
m.y b.n.t. y m.y b.r.t.
(Y q.. .s. s.scr.b.n)

SALTO DE CABALLO.

ces	nin	na	y	tas	no he	tras	fi
ña	cos	ve	de ha	si hoy	no	cuan	gas
to	te he	gun	quie	prehu	á	es	cuen
ri	ma	cer	so.	ba	te en	ven	nes
lla	ca	mo	bo	ra	Siem	ca	en
pie	y	cuan	llo. (64)	Co (1)	go,	vie	te
do	ma	po	rás	lla	que	tu	quees
bres	á	sín	do	ran	ta	mar	no

Empieza en el núm. 1 y termina en el 64.

Las soluciones ántes del día 12 del corriente. Una lámina á los que remitan todas.

